

LA DIGNIDAD DE YING

Autora: [María García López](#)

Ying, sintió un dolor agudo en el estomago. Tenía la cabeza embotada. Con dificultad, abrió sus inusuales grandes ojos rasgados. ¿Dónde estaba? Desde luego, no era la humilde habitación que compartía con dos chicas más, en un barrio de chabolas, a las afueras de la gran ciudad.

Se le acercó a la cama de immaculadas sabanas blancas, una enfermera que con gesto agrio le apostilló.

__ ¡La próxima vez, toma más matarratas si de verdad quieres suicidarte!

__ ¡Coge tu ropa, vístete y márchate!. Necesitamos la cama para otro enfermo que se lo merezca más que tú.

Ni un gesto de compasión, ni un atisbo de ternura. Ying asintió con la cabeza; no importaba. Estaba acostumbrada a la falta de humanidad. No era la primera vez que era humillada y menospreciada.

Cerró los ojos y los recuerdos se agolparon en su mente. A su corta edad, (18 años) era la segunda vez que lo intentaba. Nunca nadie supo captar “su protesta en silencio”. Era un hecho, de que un elevado número de mujeres se quitaba la vida a lo largo y ancho de este vasto país. Sobre todo en las zonas rurales, donde se siguen arreglando matrimonios entre familias. Allí la mujer, primero está sometida al padre. Y al esposo y suegra después.

Ying fue vendida con tan solo 15 años a otro campesino. Su vida en el hogar donde convivía con la familia de él, era insoportable. Trabajaba sin descanso de sol a sol. En varias ocasiones fue maltratada y violada por su marido, al negarse a mantener relaciones, porque el cansancio la rendía. Quedó embarazada y dio a luz a una niña que inmediatamente fue arrebatada de sus brazos por su suegra, y nunca más supo de ella.

En el campo los hijos varones son indispensables para atender las labores de la tierra. Además, cuando los padres son mayores, se tienen que hacer cargo de toda la familia. Esto hace que en el entorno rural se desee sobre todas las cosas los hijos varones. De modo que provoca cierto rechazo hacia las niñas, que son vistas como una inversión que nunca recuperaran.

A esto hay que sumarle la cuestionable “política de un solo hijo”, impuesta en su momento por el gobierno de la nación, para frenar el crecimiento demográfico. A pesar de ello China sigue siendo el país más poblado del mundo. Por el contrario esta política en la actualidad, está creando serios problemas. Debido a que el número de hombres es bastante más alto que el de mujeres.

La mujer china ha sido y es (aunque cada vez menos), víctima de una sociedad donde el machismo está establecido miles de años. En este país donde aún prevalece la creencia de que tener una hija es una deshonra, la mujer ha ido creciendo en un ambiente de comentarios negativos sobre su valía, su capacidad y su papel en la sociedad. Haciéndola sentirse inútil, sumisa e incompetente.

El dolor por la desaparición de su hija, la falta de autoestima, el desprecio por la exteriorización de las emociones, (muy arraigado en esta cultura) y el aumento de los malos tratos, arrastraron a Ying hacía una profunda depresión y a su primer intento de abandonar este mundo. Afortunadamente para ella, no lo logró. En cuanto se repuso, hizo acopio de fuerzas, se armó de valor y huyó del infierno en el que estaba.

Nunca más podría regresar a su aldea natal, pues había avergonzado a su familia y sería rechazada.

Llegó a Pekín con 17 años. Fue recogida por una anciana mujer, que le dio cobijo en una triste habitación compartida, de su pobre casa. La dueña era también una mujer huida de su entorno familiar y entendía muy bien la situación de estas pobres muchachas. No les cobraba nada, a cambio de la comida y la ayuda que le pudieran prestar voluntariamente cuando tuvieran trabajo. Ayudó a Ying a conseguir un empleo en la cocina de un restaurante. Un día, camino de su trabajo, vio en el suelo sucio de barro, el cuerpecito de una niña recién nacida. A pesar de que era una zona muy transitada, nadie prestaba atención a ese ser. Hasta que un hombre cogió una caja de cartón, metió en ella a la niña que emitió un leve gemido y.... la tiró a la basura.

El impacto fue tan brutal para Ying, que tuvo horribles pesadillas durante largo tiempo. Pensaba que quizás eso fue lo que le pudo ocurrir a su hijita.

El tiempo fue transcurriendo. Ella trabajaba duramente, pero gozaba de una libertad que nunca antes había tenido. En sus pocos ratos libres le gustaba pasear por la ciudad. Por las avenidas de grandes comercios y oficinas y por los barrios de casas bonitas. Pero lo que le encantaba por encima de todo, era sentarse en un parque y ver a las madres paseando, cogidas de la mano de sus hijas ataviadas con lindos vestidos de telas preciosas. Así fue descubriendo un mundo totalmente nuevo e impensable para ella. ¡Cuan diferente era la vida en la ciudad!

Comenzó a tomar conciencia de lo poco o nada preparada y formada que estaba para luchar en esta nueva andadura. En este despertar como persona, se hacía a sí misma una serie de preguntas que jamás habían pasado por su cabeza.

_ ¿Por qué no tuve la oportunidad de criar a mi hija, de pasear y jugar con ella?

_ ¿Por qué no pude escoger a la persona con quien compartir mi vida?

_ ¿Por qué no me dejaron aprender a leer y a escribir?

_ ¿Por qué soy una ciudadana de segunda mano?

Se percató de lo difícil que sería para ella conseguir lo que anhelaba y por segunda vez, se hundió.

A la salida del hospital, la Sra. Xiaomei, la mujer que la había acogido en su humilde casa, la estaba esperando acurrucada en un rincón de la entrada para pasar lo más desapercibida posible. Ying se alegró al verla y fue hacia ella. Caminaron juntas y en silencio por las calles de la capital. Era un espléndido día de primavera. Atravesaron un parque repleto de cerezos en flor que esparcían su agradable fragancia. La gente reía alegremente. El sol lucía radiante. Sin embargo el grácil y menudo cuerpo de Ying, temblaba cual hoja mecida por el viento de otoño. La Sra. Xiaomei se detuvo ante uno de los numerosos puestos callejeros de comida. Compró una bola de arroz glutinoso que ofreció a Ying. Buscaron un lugar donde sentarse al sol. Allí compartieron lo que para ellas era un manjar, pues estaba rellena de una sabrosa carne de pollo. De pronto, entre el gentío, apareció la figura de un gran dragón confeccionado con telas de vivos colores. Portado por personas, avanzaba zigzagueando al mismo tiempo que multitud de farolillos rojos. Solo entonces se percataron de que era la fiesta de los faroles, anunciando el inicio de la primavera.

A Ying le vino a la memoria la imagen de su madre elaborando las bolas de arroz, rellenas también de miel y de un delicioso dulce de cerezas, para celebrar esta fiesta. Además solía hacer unas tortitas de mijo rellenas de puré de soja, nueces y sésamo, mientras entonaba una canción popular y le sonreía. Evocó los gratos momentos de su niñez corriendo descalza entre los arrozales, jugueteando con su único hermano menor que ella. En primavera el campo se vestía de un manto de flores de todos los colores. Cuando su madre y ella estaban a solas, y solamente a solas, a esta le gustaba adornar sus negras trenzas con flores silvestres. Después, sacaba de su bolsillo una tortita de arroz con miel y reía mientras ella la engullía con glotonería. ¡Que extraña sensación! había bastado el sabor de la comida, para resucitar en ella escenas y sentimientos que tenía totalmente enterrados en su corazón.

A su regreso al barrio de chabolas, Ying se puso su mejor vestido y se encaminó hacia el templo de la diosa de la misericordia y compasión. Allí le hizo una ofrenda como agradecimiento. Pues estaba convencida que había sido ella la que la había salvado en sus dos intentos de suicidio. A partir de ahora tenía que ser fuerte y tenaz. Se hizo el firme propósito de luchar por cambiar su destino. Buscó otro trabajo. Se fue a un bazar de dependienta que le permitía asistir a las clases en la escuela del barrio. Así aprendió a leer y escribir. Un día escuchó en la radio del comercio, un programa en el que llamaban mujeres para contar sus historias. Unas eran muy parecidas a la suya, otras todavía peores y escalofriantes. Llamó y Wei, la locutora, la invitó a asistir a su programa en directo. A partir de ese momento la vida de Ying comenzó a cambiar.

Tuvo la oportunidad de trabajar en la emisora como ayudante y chica para todo. Aprendía rápido. Fue abriéndose nuevos horizontes y con la ayuda de Wei llegó a la universidad. Allí supo lo que era sentirse valorada intelectualmente y alagada por sus compañeros y profesores. Solía tener bastante éxito entre los chicos. Descubrió que era una mujer agraciada físicamente. Pero ella no quería pensar en formar una familia hasta que no hubiera alcanzado su puesto en la sociedad; Hasta que no hubiera recuperado su dignidad. A los 30 años Ying acabó sus estudios de periodismo. Wei y ella se habían hecho íntimas amigas, así que su primer trabajo como periodista, lo hizo en la radio de la mano de Wei.

Su vida se fue enriqueciendo de tal manera que había aprendido a expresar sus sentimientos sin sentir vergüenza por ello. Al fin, después de mucho tiempo se sentía DIGNA.

A los 33 años conoció el amor y recibió su primer beso en la boca. Se casó y supo realmente lo que era experimentar placer y respeto en las relaciones de pareja. Fue madre de otra niña a la que colmó de atenciones, cariño y caricias. Era como si quisiera compensar su vida anterior carente de toda afectividad. Quería que su hija tuviera todo aquello que a ella se le había sido negado, por el mero hecho de nacer mujer.

Nunca soñó que pudiera sentir tanta dicha. Guardaba como un tesoro todo el amor que recibía de su marido. Era respetada y valorada y se sentía muy orgullosa de los logros conseguidos.

Solo le quedaba una asignatura pendiente: regresar a la aldea y rescatar a su madre de la pobreza y la ruindad en la que vivía. Y devolverle lo más preciado por Ying:

“SU DIGNIDAD”.